

EL ESPAÑOL MEXICANO: IDEOLOGÍAS Y REALIDADES

Mexican Spanish in its Reality

Luis Fernando Lara

El Colegio de México, El Colegio Nacional (México)

El historiador mexicano Jorge Alberto Manrique escribió en su capítulo «Del Barroco a la Ilustración», de la *Historia general de México*: «Para el criollo el problema [de reconocerse a sí mismo] se plantea en términos verdaderamente profundos, ontológicos. Se trata de alguno que atañe a su propio ser. Este hombre, que ya no se siente europeo, que detesta al gachupín, no puede, sin embargo, dejar de sentirse de alguna manera español. [...] Es y al mismo tiempo no es europeo». Esta dualidad ontológica del criollo, el hijo de españoles nacido en Nueva España, celoso de los haberes conseguidos por sus padres y enojado por la expoliación de la economía novohispana durante el siglo XVIII, se manifiesta de otra manera entre los mexicanos actuales, cuya lengua materna es el español.

El alegato de los criollos novohispanos de finales del siglo XVIII frente a la monarquía española encontró un sustento ideológico en los estudios que se habían ido haciendo sobre el pasado precortesiano, mediante los cuales historiadores como el jesuita Francisco Javier Clavijero en su libro *Historia antigua de México*, Pedro José Márquez, Juan José de Eguía y Eguren y varios más reivindicaban el valor de la cultura indígena prehispánica —especialmente la nahua—, su historia y sus monumentos para atribuir a Nueva España una antigüedad clásica comparable con la de la España romana, por lo que no merecía

el tratamiento de mera «colonia». Este pensamiento, estudiado, por ejemplo, en el libro de Luis Villoro *Los grandes momentos del indigenismo en México*, fue fraguando en la ideología indigenista, que, si bien comenzó a manifestarse desde mediados del siglo XIX, habría de convertirse en la ideología del Estado mexicano a partir de la Revolución de 1910.

La colonización del amplio territorio que hoy forma México no consistió ni en un genocidio ni en la creación de un *apartheid* en el que los indios quedaran aislados de la población novohispana. La catastrófica disminución de la población indígena en el siglo XVI tuvo varias causas: sobre todo epidemias como la viruela; sin duda, la explotación del trabajo de los indios y los enfrentamientos guerreros. La temprana formación del virreinato con autoridades españolas y con una Iglesia misionera —en particular la orden franciscana— ocupada en la defensa y la conversión de los indios al catolicismo tuvo por consecuencia, en efecto, la destrucción de sus instituciones sociales y la formación de una sociedad nueva, a la que los nobles indios se asimilaron activamente y los macehuales —el pueblo común— fueron adaptándose poco a poco. A la vez, el mestizaje inmediato entre indias y españoles y entre indias y africanos convirtió al español en la lengua de sus hijos. Fueron esos mestizos los que terminaron por convertir al español en la lengua materna de la mayoría de la población.

Cómo citar este artículo: Lara, L. F. (2025). El español mexicano: ideologías y realidades. *TSN. Transatlantic Studies Network*, (19), 81-83. <https://doi.org/10.24310/tsn.19.2025.21467>. Financiación: este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

La población mexicana comenzó a recuperarse en el siglo XVIII, al grado de que, para comienzos del siglo XX, los indios superaban en número a los mestizos; aunque la lengua española era ya plenamente dominante en la vida nacional, había aumentado el bilingüismo entre los indios y sus lenguas sobrevivían, aldeanas y fragmentadas, por todas partes del territorio mexicano. Paradójicamente, el efecto de la ideología indigenista no consistió en la reivindicación del indio contemporáneo en su lengua y su cultura. Al contrario, el pensamiento positivista y el evolucionismo spenceriano que privó en México desde finales del siglo XIX hasta la década de 1930 –aproximadamente– llevó a varios pensadores a considerar al indio un individuo pasivo, indolente, cuyas costumbres y tradiciones obstaculizaban su integración a la nación mexicana. Hoy nos impresiona la manera en que personajes como Justo Sierra (creador de la Universidad Nacional de México) o Manuel Gamio (impulsor de la arqueología mexicana) sostenían que se debería forzar a los indios a olvidar sus culturas y sus lenguas y aprender la lengua española. Las lenguas indígenas fueron fuertemente combatidas después de la Revolución y todavía hoy no reciben el tratamiento integral que requieren para asegurar el derecho humano de los indios a hablar su lengua materna en todas las situaciones de su vida, a pesar de que, desde finales del siglo XX, existe el compromiso constitucional del Estado mexicano de apoyarlas.

El proceso ideológico mexicano posterior a la Revolución merece un análisis más profundo. Entre sus componentes están la reivindicación de los derechos de las comunidades agrarias y de la soberanía de México sobre sus recursos naturales (para combatir el latifundismo dominante y el maltrato a los campesinos, y para defenderse de las agresiones, primero francesa y después estadounidenses) junto con una adopción de la «leyenda negra» antiespañola, inspirada por la obra de Las Casas y difundida por varios autores ingleses, franceses y estadounidenses desde el siglo XIX, como sustento de sus ambiciones imperialistas. En esa adopción de la leyenda negra por varios pensadores y, diría yo, sobre todo, pintores mexicanos, la historia de la conquista y del dominio español sobre el futuro territorio mexicano se plasmó como una dicotomía extrema entre la crueldad de los conquistadores y la desvalidez de los indios, que vemos profusamente expuesta en el muralismo mexicano de Diego Rivera y otros pintores de la primera mitad del siglo XX, así como en los libros oficiales de historia de México.

La lucha política del siglo XIX en que se enfrentaba el bando que propugnaba la conservación de las instituciones novohispanas, el catolicismo y el centralismo con el bando liberal, introductor

del federalismo, el laicismo y la primera ideología indigenista, también se manifestó en la idea de la lengua. Si durante los trescientos años del virreinato los novohispanos no se planteaban que hubiera notorias diferencias entre su español y el de la metrópoli –aun cuando naturalmente iban formándose variedades regionales, en las cuales podemos encontrar el origen de una variedad nacional–, después de la independencia apareció el temor de que se rompiera la relación lingüística con España (lo que nunca sucedió) y poco a poco se produjera una evolución que terminara por fragmentar la lengua en varias diferentes, como sucedió con el latín. La *Gramática* de Andrés Bello, según él la definió, trataba precisamente de salir al paso de ese temido proceso de fragmentación. El efecto de ese temor, compartido en toda Hispanoamérica, consistió en concebir el español de los mexicanos como una variedad amenazada por el barbarismo, dando lugar a lo que he venido llamando «sospecha del desvío»: la sospecha de que toda aquella expresión que fuera diferente de la que conocían (o imaginaban) en España sería incorrecta y proclive al barbarismo. Es de notar que, precisamente cuando el triunfo de la república liberal estaba en su apogeo, el bando conservador creó en 1871 la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente –en realidad, subordinada– a la española. Desde entonces es permanente el prurito por la corrección definida por las prescripciones académicas.

Pero la realidad es que el español de los mexicanos forma parte y contribuye a las robustas y ricas tradiciones verbales hispánicas, que siguen presentando una notable unidad, más allá de las políticas «panhispánicas» y de los rejugos ideológicos mexicanos. Entre ellas resaltan en México sus tradiciones verbales populares, que no se rigen por los criterios normativos académicos. La creatividad popular no tiene más freno que la propagación o no de sus innovaciones, según las circunstancias en que se produzcan. Esas tradiciones populares no se formaron de la nada, sino que conservan sus variados orígenes españoles –su intrahistoria, dicho con Unamuno– y revelan, todavía, los diferentes modos en que la lengua se expandió y se enriqueció por el territorio del actual México. Así que para la mayor parte de los mexicanos son sus tradiciones populares las que definen su *sentimiento de identidad*, más allá de toda dependencia académica. Una importante contribución a esas tradiciones verbales la constituye la rica diversidad lingüística indígena en la denominación de la flora, la fauna –la naturaleza mexicana se nombra en lengua indígena región por región– y los alimentos; pero son las diferencias de significado en las palabras del español, muchas expresiones como las de la cortesía y, sobre todo, los juegos verbales de doble sentido, los alburas, los di-

chos, los refranes los que, para el mexicano común, crean su sentimiento de identidad. En reuniones de amigos, en algunos programas de radio o televisión y en el cine, que es donde mejor se manifiestan las tradiciones verbales populares, la reacción generalizada es festiva y autoafirmativa. Los pequeños glosarios o diccionarios de localismos que se escriben en el amplio territorio mexicano se reciben con gusto y se festejan. Pero esa verdadera afición a las variedades populares mexicanas convive con la sospecha de desvío, nutrida por el purismo y el academicismo, por lo que la idea de la lengua, en vez de ser una idea integral del español mexicano se reduce al gusto por el «mexicanismo», apoyado y difundido por la Academia de la Lengua.

A comienzos del siglo XX se decía en México que se había producido un «galicismo de la mente», motivado por el prestigio de Francia y del francés entre los mexicanos. Hoy se puede hablar de un «anglicismo de la mente», manifiesto en el comportamiento de varios grupos sociales y sobre todo en la tecnología, la prensa, la publicidad, los medios de entretenimiento, las modas del vestido y del cuidado de la salud. Un *American way of life* impulsado por el dominio global de la civilización estadounidense y la integración de buena parte de la economía mexicana al Tratado entre México, Estados

Unidos y Canadá. Si el vocabulario proveniente del inglés estadounidense se hace evidente en los ámbitos mencionados, según el último censo nacional de 2020 solo el 5 % de los 129 millones de mexicanos puede hablar inglés, a pesar de que se enseñe como primera lengua extranjera. Nueva paradoja: la integración económica norteamericana y el prestigio del modo de vivir estadounidense no eliminan la animadversión en contra de Estados Unidos de América, bien nutrida por la experiencia histórica.

Estos rejugos ideológicos que hoy día se magnifican en el populismo que padecemos los mexicanos no modifican la realidad: hay un genuino respeto por las lenguas indígenas, aunque sean desconocidas para la mayoría de la población, pero la lengua nacional es el español, con toda su tradición. El aprecio de la antigua Mesoamérica y su septentrión (mexicas, totonacas, purépechas, mixtecos, zapotecos, mayas, huicholes, seris, rarámuris, etcétera) es patente en los museos y las zonas arqueológicas, pero no da lugar al aprendizaje de esas lenguas por parte de los hispanohablantes; incluso las buenas intenciones del Estado no alcanzan a difundir su conocimiento en la mayoría de la población. En cambio y por esa persistencia de la ideología indigenista, la idea de la lengua española entre los mexicanos no acaba de apreciar su legitimidad.